

ANTONIO MORALES MOYA Y MARIANO ESTEBAN DE VEGA (Eds.)

LA HISTORIA CONTEMPORÁNEA

EN ESPAÑA



Ediciones Universidad
Salamanca

LA HISTORIA
CONTEMPORÁNEA EN ESPAÑA

ANTONIO MORALES MOYA Y MARIANO ESTEBAN DE VEGA (Eds.)

LA HISTORIA
CONTEMPORÁNEA
EN ESPAÑA

PRIMER CONGRESO DE HISTORIA
CONTEMPORÁNEA DE ESPAÑA
SALAMANCA, 1992



EDICIONES UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

ACTA SALMANTICENSIA
ESTUDIOS HISTÓRICOS & GEOGRÁFICOS

99

©

Ediciones Universidad de Salamanca
y los autores

1.^a Edición: septiembre 1996
I.S.BN.: 84-7481-840-0
Depósito legal: S. 820-1996

Ediciones Universidad de Salamanca
Apartado 325
E-37080 Salamanca (España)

Impreso en España-Printed in Spain
Imprenta Kadmos
Salamanca

*Todos los derechos reservados.
Ni la totalidad ni parte de este libro
puede reproducirse ni transmitirse
sin permiso escrito de
Ediciones Universidad de Salamanca*



CEP. Servicio de Bibliotecas

CONGRESO DE HISTORIA CONTEMPORÁNEA DE ESPAÑA
(1.º 1992. Salamanca)

La historia contemporánea de España / Primer Congreso
de Historia Contemporánea de España, Salamanca, 1992
; Antonio Morales Moya, Mariano Esteban de Vega (Eds.).
- Salamanca : Ediciones Universidad de Salamanca, 1996
(Acta Salmanticensia. Estudios Históricos Geográficos ; 99)
1. España-Historia-S.XIX-Congresos
2. España-Historia-S.XX-Congresos.
I. Morales Moya, Antonio. II. Esteban de Vega, Mariano

946.0"18/19" (063)

Índice

<i>Presentación</i>	
IGNACIO BERDUGO.....	9
MIGUEL ARTOLA.....	10
<i>Introducción</i>	II

1.^a PARTE

EL ESTADO EN LA ESPAÑA CONTEMPORÁNEA

«La Jefatura del Estado y del Gobierno»	
JUAN PABLO FUSI.....	15
«El Parlamento en la España contemporánea»	
JUAN IGNACIO MARCUELLO y MANUEL PÉREZ LEDESMA.....	33
«Los orígenes de la Administración Pública contemporánea»	
ANTONIO MORALES MOYA.....	53
«Nacionalidades y regiones. Problemas y líneas de investigación en torno a la débil nacionalización española del siglo XIX»	
BORJA DE RIQUER.....	73

2.^a PARTE

CRISIS Y TRANSFORMACIONES EN LA ESPAÑA CONTEMPORÁNEA

«Del Antiguo Régimen al Régimen Liberal. En torno al supuesto del ‘fracaso’ de la Revolución Liberal»	
MARÍA ESTHER MARTÍNEZ QUINTEIRO.....	93
«De la Revolución democrática a la Restauración: el horizonte de una historia social»	
CARLOS FORCADELL.....	103
«La España invertebrada durante la crisis de la Restauración (1914-1931)»	
IGNACIO OLÁBARRI.....	125
«De la Monarquía a la República: una segunda fase en la crisis española de entreguerras»	
JULIO ARÓSTEGUI.....	145
«Del Franquismo a la Democracia»	
JOSÉ ÁLVAREZ JUNCO.....	159

3.^a PARTENUEVAS ORIENTACIONES EN LA HISTORIA CONTEMPORÁNEA
Y SUS REPERCUSIONES EN LA HISTORIOGRAFÍA ESPAÑOLA

«La renovación de la Historia Política»	
TERESA CARNERO	173
«La Historia Social y la Historiografía española»	
SANTOS JULIÁ.....	183
«Nuevas orientaciones en Historia Cultural»	
OCTAVIO RUIZ-MANJÓN.....	197
«Historiografía española sobre otros países»	
GUILLERMO GORTÁZAR.....	207
«La historiografía religiosa»	
JOSÉ ANDRÉS-GALLEGO.....	215
«La integración de la informática en el trabajo del historiador»	
ANTONIO RODRÍGUEZ DE LAS HERAS.....	221

4.^a PARTERELACIÓN DE LAS COMUNICACIONES PRESENTADAS
AL PRIMER CONGRESO DE HISTORIA CONTEMPORÁNEA DE ESPAÑA

<i>Presentación</i>	231
«Del Antiguo Régimen a la Revolución Liberal»	
RELATORA: MARÍA ESTHER MARTÍNEZ QUINTEIRO.....	233
«El Sexenio Revolucionario y los inicios de la Restauración»	
RELATOR: MIGUEL ÁNGEL PERFECTO GARCÍA.....	247
«La crisis de la Restauración»	
RELATOR: SANTIAGO GONZÁLEZ GÓMEZ.....	255
«De la Monarquía a la República»	
RELATORA: JOSEFINA CUESTA BUSTILLO.....	267
«Del Franquismo a la Democracia»	
RELATOR: MANUEL REDERO SAN ROMÁN.....	281
«Nuevas orientaciones en Historia Contemporánea y sus repercusiones en la historiografía española»	
RELATORA: MARÍA DOLORES DE LA CALLE VELASCO.....	297

Presentación

Este hecho de mirar hacia atrás —aunque nuestra mirada se quede perdida ahí, a la vuelta— ha sido muchas veces la forma de justificar la desilusión por el presente, complaciéndose en el desasosiego de no querer— de no saber— mejorarlo. Visto así, el recurso al pasado ha servido para dejar de lado lo cotidiano, con la coartada de buscar un inalcanzable paraíso perdido.

Por ello, este *Primer congreso de historia contemporánea*, celebrado en Salamanca en 1992, de cuya importancia dan cumplida cuenta estas actas, no es sólo motivo de satisfacción para los historiadores que lo desarrollaron y para el Estudio Salmantino que lo acogió, sino que supone también un acicate para una universidad que quiere confiar a su pasado la condición de trampolín para el futuro.

Se reúnen aquí las contribuciones científicas de un grupo de historiadores que han sido conscientes de que su trabajo ha de promediar en proporciones razonables el sentido crítico, el espíritu vanguardista y la búsqueda de neutralidad —que no la neutralidad misma—. Son ingredientes que convierten estas actas en ejemplares: para los universitarios, ciertamente, pero también para las personas dotadas de la lucidez de intentar vivir el presente siguiendo el camino de la concordia.

Una vez más, en momentos en que han tenido un gran protagonismo en la vida pública española distintas formas de linchamiento verbal, el ejemplo del quehacer universitario reflejado en estas actas demuestra que nuestra actuación no puede quedar reducida a la que se desarrolla entre las paredes de nuestros laboratorios y bibliotecas, sino que ha de salir fuera de ellas, como ocurre en la presente ocasión, para hacer inviable el preocupante diagnóstico que Francisco Tomás y Valiente hacía de algunos aspectos de nuestra convivencia:

En este contexto, donde lo que vale más son las palabras hostiles, están condenadas al fracaso las que procuran el acercamiento de posturas o el levantamiento de puentes entre puntos que se suponen cercanos.

Una vez más el concienzudo trabajo de los historiadores puede servir de puente entre nuestro pasado y futuro, pero también entre las personas que confían en su capacidad para mejorar el presente.

IGNACIO BERDUGO

Rector

La *Asociación de Historia Contemporánea* responde a un modelo de organización en la que el interés prioritario es fomentar la comunicación entre quienes nos dedicamos al conocimiento del pasado más reciente. La convergencia de objetivos ha producido la intensificación de las relaciones, la comunicación de las personas y las ideas. En tanto una corporación deja su huella en el hacer diario, el colectivo ha de reunirse para dejar rastro de su existencia. La *Asociación de Historia Contemporánea* celebró su I Congreso en Salamanca en 1992 y cuando escribo estas líneas acabamos de cerrar en Valladolid las sesiones del III Congreso. La huella del trabajo colectivo se recoge en la publicación de los trabajos de sus individuos, empeño siempre difícil por las dificultades materiales que encierra la publicación de un importante material bibliográfico. Antonio Morales, que dirigió el I Congreso, expresa nuestro agradecimiento a las instituciones que han contribuido a la comunicación de nuestras ideas, y al rendir homenaje a cada una de ellas es necesario añadir a ellas a nuestro compañero, que ha dedicado tanto trabajo en beneficio del proyecto común.

En su día, el número de asistentes al I Congreso aconsejó que las personas asistiesen a las sesiones en las que tenían mayor interés. Hoy tenemos la ocasión de conocer —y con nosotros todos los lectores— la totalidad del trabajo realizado en aquella ocasión. Un juicio favorable, como el que podría formular, del interés de los trabajos aquí reunidos encontraría el natural escepticismo del lector, cuyas reservas frente a un testimonio interesado como el mío, son perfectamente legítimas.

Existe, sin embargo, una vía para hacerse una opinión inmediata de su interés y a ella remito al lector, en la seguridad de que la lectura de los nombres y los temas del índice han de despertar su apetito intelectual, tan urgente, al menos, como el material.

MIGUEL ARTOLA

Presidente de la Asociación de Historia Contemporánea

Introducción

Este volumen reúne un conjunto de estudios que, en ciertos casos, versan sobre determinados aspectos centrales en la Historia de la España Contemporánea —el Estado, las principales crisis y transformaciones— y, en otros, se centran de forma explícita en la reflexión sobre el estado presente y el futuro de nuestra disciplina. El título del libro pretende subrayar precisamente el carácter crítico de la mayoría de ellos, su voluntad de discutir los logros y límites de nuestra producción historiográfica, lo que hace de esta obra una especie de balance de situación del contemporaneísmo español.

Los textos que aquí se editan coinciden con la totalidad de los ponencias presentadas al «Primer Congreso de Historia Contemporánea de España», celebrado en Salamanca entre el 7 y el 9 de abril de 1992, aunque muchos de ellos han sido posteriormente reelaborados. El éxito de aquel Congreso, que convocó a más de 700 participantes, fue desde luego una prueba de la extraordinaria vitalidad de nuestra Asociación de Historia Contemporánea. Sin embargo, como otras muchas manifestaciones de los últimos años, vino a poner de relieve un fenómeno mucho más general: la Historia vive hoy, nos parece muy claro, un buen momento. Lejos de estar concluida, se abre al futuro, recobrando sus viejos fueros: oscuridad, sorpresas súbitas, desafío a las previsiones humanas. Si alguna disciplina ha quedado arrumbada —ha recordado un ilustre profesor de Derecho Administrativo— es la prospectiva. El carácter abierto del futuro, su indeterminación, su libertad, en fin, es, realmente, la propia libertad del hombre. Estamos, en definitiva, asistiendo a la recuperación de la Historia, como realidad y como disciplina, tarea que debemos cumplir con esfuerzo y con imaginación.

Por supuesto, en este momento no faltan los problemas. Actualmente se cuestionan la ideologías globales, los grandes paradigmas, las *metahistorias*, mas este cuestionamiento no debe hacernos olvidar lo que en aquéllas había de pasión por las ideas, de compromiso moral en las apuestas o de preocupación por el sentido de la evolución humana. Se multiplican los ámbitos de producción del discurso histórico, las controversias metodológicas entre los historia-

dores o los debates sobre la enseñanza de la Historia. Se renuevan sectores historiográficos clásicos y retornan con fuerza otros hasta hace poco olvidados. Este es un momento, en fin, en el que la sociedad parece pedir a los historiadores no sólo que sean la *memoria* de la colectividad, que cumplan la función de recordar, sino que se constituyan como auténticos expertos en las materias que tratan. A esta situación, esperanzadora y compleja, así como a otros problemas más específicos que afectan a la Historia Contemporánea en España, se refieren los autores de este libro.

Al publicar ahora estos trabajos, los editores —miembros también del Comité Organizador del «Primer Congreso de Historia Contemporánea de España»— desean dejar constancia de su agradecimiento al Ministerio de Educación y Ciencia, la Consejería de Cultura y Turismo de la Junta de Castilla y León y a Apple Computer España, S. A., por la colaboración económica que prestaron a la organización de aquel Congreso. Por otra parte, la compleja organización de aquella reunión tan numerosa tampoco habría sido posible sin el trabajo de los otros miembros del Comité organizador, los profesores María Dolores de la Calle Velasco, Tomás Pérez Delgado y José Miguel Sánchez Estévez, y en especial del Secretario del mismo, José Manuel Peláez Roperó. Quizá sea ocioso señalar, por último, que todos los méritos que pueda reunir este libro deben ser atribuidos a los autores de los diferentes trabajos, que los editores de esta obra han reunido en este volumen seguros de su interés para nuestra comunidad científica.

ANTONIO MORALES MOYA
MARIANO ESTEBAN DE VEGA (Eds.)

La integración de la informática en el trabajo del historiador

ANTONIO R. DE LAS HERAS
Universidad Carlos III

Conviene diferenciar de arranque dos posiciones del historiador ante la informática:

- A) La informática como herramienta polivalente.
- B) La informática como un nuevo soporte y un nuevo espacio.

A.o. Se nos presenta como una herramienta de múltiples aplicaciones en nuestro trabajo de historiadores. Su función es, como cualquier otra herramienta, amplificar nuestras acciones.

Veamos desde esta perspectiva los caminos de incorporación de la informática en las tareas del historiador.

A.I. El tratamiento de textos:

Esta aplicación es el caballo de Troya con el que la informática entra en el entorno próximo al historiador y salva la resistencia o la desatención del historiador hacia una máquina que la veía como una potente calculadora destinada al uso de científicos o de algún historiador descarriado.

Descubre que es una herramienta más próxima a él de lo que pensaba, pues le facilita la tarea de su escritura. Aprecia la capacidad que se le ofrece para actualizar hasta el último momento el texto. Y la posibilidad de agilizar los procesos de edición.

Esta facilidad con la que se puede trabajar el texto anima a escribir más, a añadir en el último momento más información, y los historiadores, al menos los más jóvenes ante el gran momento de su tesis doctoral, olvidan la advertencia de Calímaco, poeta y bibliotecario alejandrino, que ya hace dos mil doscientos años, y sin estas facilidades para la escritura, decía: «libros grandes, grandes inconvenientes».

Más recientemente el OCR ha llamado la atención del historiador. El Reconocimiento Óptico de Caracteres (OCR) se le presenta como un útil informático muy cómodo y rentable para el trabajo con masas considerables de texto. Con un digitalizador y un software de OCR se puede incorporar al ordenador, como si se hubiera teclado, pero a gran velocidad y buena fiabilidad, textos impresos (artículos de prensa, discursos de un Diario de Sesiones, tablas, un libro completo sobre el que se quiere hacer un estudio crítico...).

A.2. Bases de datos:

Incorporado ya al ámbito de trabajo del historiador, éste aprecia otra aplicación del ordenador que promete ser de gran utilidad. Es su capacidad para tratar información discreta. Aparece así el ordenador como herramienta que puede, además de sustituir a la máquina de escribir, superar el fichero tradicional del estudioso.

El usuario del ordenador como gestor de archivos descubre otra cara de esta herramienta polifacética: el ordenador se puede presentar aquí como un espejo indiscreto. Su potencia para tratar los registros de información produce muchas satisfacciones y estímulos para seguir explotando una información bien estructurada, pero también esa misma potencia deja al descubierto las fisuras del historiador a la hora de estructurar la información que debe entrar en el ordenador. Sobre fichas de papel las carencias teóricas y metodológicas que origina una deficiente tipología, y la consiguiente clasificación de los datos, y una arquitectura de la información registrada bastante endeble, apenas pueden ser denunciadas, pues la explotación de los datos es bastante reducida en comparación con la que ofrece un ordenador. Por eso cuando el ordenador amplifica de manera espectacular la capacidad de relacionar datos por múltiples criterios, con gran velocidad y precisión, aparecen variadas manifestaciones del mal trabajo, o al menos insuficiente, que el historiador ha tenido que hacer antes de introducir los datos. Es entonces cuando la pantalla del ordenador se hace espejo indiscreto: agujeros negros en donde se pierden registros, ambigüedades, repeticiones, pobre explotación de la masa de información registrada para el trabajo que ha supuesto su introducción, «ruido», etc. Y no es la culpa de la máquina.

A este nivel la herramienta informática ya no se presenta neutra. Cuando era sólo un útil para el tratamiento del texto, en nada se hacía notar que quien trabajaba era un historiador. Pero cuando se prepara una base de datos hay desde el principio una tarea del historiador que no puede ser sustituida por la intervención de, por ejemplo, un informático. Porque lo que exige no es sólo el conocimiento de la herramienta, sino, y principalmente el de la información que hay que tratar. Levantar una base de datos, independientemente de su calibre, pide la acertada intervención del historiador en estos puntos:

—Estructurar la información de la fuente. La mayor parte de las veces la información de la fuente no tiene ya una estructura, y el historiador debe introducirla. Esto supone determinar con toda precisión los elementos que compondrán la estructura. Cada elemento (*campo*) es una especie de caja en la que se puede depositar una determinada información discreta, por ejemplo, una fecha, un apellido, el nombre de un lugar... De ahí que haya que cuidar mucho el molde de cada una de estas cajas (o elementos de la estructura) para que la información que entre se ajuste perfectamente a lo que se desea guardar. Si este molde tiene una forma muy general y vaga, dará como resultado que esa caja se convierta en cajón desordenado conteniendo una información poco precisa con la que después es muy difícil trabajar.

Así pues, estructurar una información supone primero un trabajo de desmigajamiento de la fuente en unidades discretas que se trasladan a una red o estructura de cajas o *campos* en donde deben encajar perfectamente en el molde correspondiente. Como resultado de esta acción se produce un montón más o menos considerable de información desmigajada que queda sin tratar, como si

fuera el residuo que deja tal operación. Con frecuencia al historiador le cuesta aceptar estos residuos que debe abandonar. Y se esfuerza en recogerlos en su base de datos. Pero no hay otra forma para ello que crear nuevos *campos*. Sin embargo un aumento así no trae beneficios, sino tan sólo complicar la estructura de la base de datos y conservar en ella una información a la que luego no va a recurrir y que sólo dificultará la explotación de la base.

La definición de los *campos*, tanto en su número como en la forma que debe tener la información retenida en cada uno de ellos, es labor irrenunciable del historiador. Y su resultado dependerá del buen conocimiento de la fuente, de la habilidad en el análisis de la información que contiene y también de una buena hipótesis de trabajo.

—Sin una hipótesis sólidamente levantada difícilmente se puede esperar una buena base de datos. Sin hipótesis no hay criterios de análisis y selección de la información que hay que recoger. Cuando no se tienen las ideas claras de lo que se busca, difícilmente se puede decidir si una información nos va a servir o no, de ahí que se opte en registrarla «por si acaso». O bien que se recoja estructurada en una serie de campos inadecuada para la explotación posterior.

La debilidad de la hipótesis de trabajo produce con frecuencia bases de datos que, o bien se desmoronan cuando se empieza a pasar la información de la fuente, o dan al final muy bajo rendimiento en relación al trabajo que ha exigido su construcción.

Si bien aún queda bastante que hacer para alcanzar un nivel general aceptable de uso de la informática por los historiadores como herramienta para tratar eficazmente los datos, es ya una pena ver cómo gran cantidad de información bien estructurada que ha servido para una investigación deja de ser útil, por abandono, una vez realizado el trabajo para el que se construyó. Otros investigadores podrían realizar nuevos sondeos fructíferos, pues la base no se agota en un único trabajo. Cuando estos registros estaban en fichas de papel, era más fácil, por inevitable, aceptar esta pérdida. Pero en soporte magnético es obligado no retrasar más la coordinación de estos trabajos de base, de tal manera que se puedan dar a conocer entre la comunidad de historiadores y quedar para su utilización a disposición de los interesados. Para ello es necesario una coordinación que recoja y haga pública la información sobre las microbases existentes y a la vez que introduzca una relativa normalización que facilite su utilización por distintos historiadores. Porque hay que tener en cuenta que cada vez hay menos barreras técnicas, tanto en el software como en el hardware, para hacer realidad estos objetivos. Es más, por tanto, un problema de organización de los historiadores a nivel individual o institucional, como puede ser el departamento universitario.

En esta dirección van los esfuerzos del grupo español de la Asociación internacional History&Computing.

Un ejemplo parcial, y desde luego no único, puede ser el que hemos realizado con el profesor Ferrer Benimeli recogiendo en una base los registros de masones en las logias españolas y americanas, resultado de las aportaciones de muchos investigadores a través de tesis, tesinas y otros trabajos, para que ésta quede a disposición de los estudiosos.

Asimismo, y a título personal, procuro estimular a alumnos que realizan trabajos de investigación conmigo que al final rematen su esfuerzo dando a conocer —a través de alguna publicación— la base de datos que han construi-

do con motivo de su tesis o tesina, proporcionando información sobre su estructura, características técnicas, contenido, etc.

Desde la tarea pendiente de coordinación de microbases de datos para que no se extingan al finalizar el trabajo de investigación para el que se crearon, pasando por trabajos de más entidad, en equipo, y destinados a la construcción de una base de interés para una especialidad, hasta los bancos de datos a los que actualmente se puede llegar on-line o en CD-ROM, la informática ofrece al historiador un interesante panorama futuro a la vez que una rigurosa exigencia en su forma de trabajar.

A.3. Otro aspecto atractivo para el historiador, que cualquier ordenador personal le ofrece, es la posibilidad para trabajar con series numéricas y realizar sobre ellas cálculos estadísticos y representaciones gráficas.

Aparentemente, el esfuerzo que se pide al historiador es el de la introducción de las series, bien a través del teclado o con la ayuda de un OCR. Sin embargo, también para esta tarea el historiador, y no tan sólo el simple conocedor de un programa informático, tiene que estar presente.

La facilidad para solicitar la realización automática de cálculos estadísticos y el trazado de gráficos estándar lleva, si no hay reflexión de parte del historiador, a utilidades inaceptables. Veamos algunos casos bastante generalizados que denuncian esta débil reflexión del historiador en este terreno:

—El ordenador, rápido y solícito, responde a la petición de realizar cualquier cálculo estadístico (y que no suelen ser en general muy complicados los que le solicita el historiador). Pero además de rápido y solícito es el ordenador muy puntilloso y ofrece sus resultados con todos los decimales que queramos. El historiador, por lo que se puede comprobar con frecuencia, difícilmente se libra de caer en la tentación de, al menos, presentar los resultados con dos decimales: 4,27, por ejemplo. De esa manera, tan cómoda porque el trabajo lo hace el ordenador y ya que ha introducido los datos, considera que se ofrece más exactitud. Pero olvida que los datos que maneja las más de las veces son incompletos o sufren otras carencias, de tal forma que la entrada puede muy bien tener errores de varios enteros arriba o abajo del valor que se introduce y, sin embargo, propone una salida con una falsa precisión de decimales. Es una operación semejante a la de conectar a un «pick-up» de los años sesenta unos altavoces de alta fidelidad que hoy ofrece el mercado: en nada mejorará la audición, todo lo contrario, sino que se oirá mucho más ruido que si la salida fuera a través del altavoz original del «pick-up».

Para este empeño de exactitud mal entendida le viene bien ese chiste del vigía del fuerte que lanza la señal de peligro ante la aparición de los indios, y que contesta a la pregunta del capitán sobre el número de asaltantes con esta rotundidad: «Vienen mil tres indios, mi capitán». «¿Cómo dices?». «Sí, tres delante y unos mil detrás».

Se confunde rigor con exactitud. El deseo de una precisión de decimales en el trabajo con una fuente de datos que no nos llega con la misma precisión es muy poco riguroso.

Aunque no por eso estamos condenados al silencio. Pero hay que utilizar un lenguaje borroso, que es precisamente la forma más rigurosa de trabajar en nuestros campos. Es el lenguaje que nos permite con toda eficacia relacionarnos en la vida diaria. Si alguien nos pregunta sobre qué nos ha parecido la película que

acabamos de ver, no le contestamos que nuestra valoración es de 4,36, sino que le decimos que «psst», «bastante», «no está mal»... Y así entiende perfectamente nuestra valoración. El lenguaje borroso debemos aprenderlo y proyectarlo con decisión sobre nuestro trabajo de historiadores y empezar a olvidar los abusos de cuantificación con la que pensábamos poder aproximarnos a otras ciencias que hemos puesto como modelos. Y es que en este acercamiento se ha olvidado la brecha epistemológica que nos separaba; y en ella nos hemos precipitado.

Así se explica que este afán cuantificador no soportado por una reflexión epistemológica sólida se empeñe, sirva por caso, en presentar en tanto por ciento (y con decimales) proporciones entre cantidades muy pequeñas susceptibles de alterarse cuando se amplíe el estudio de la fuente: 5 casos de A y 3 casos de B, es absurdo presentarlo como que A supone el 62,5% y B el 37,5%. Basta encontrar otro caso de A o de B para que la proporción se altere considerablemente.

Esto es cometer otra versión del chiste de los ejecutivos que están hablando de los vuelos que han realizado a Nueva York en el Concorde: «Yo veinte o veinticinco veces». «Pues yo, diez o doce veces». «Yo... una o ninguna».

En cuanto a la utilización de representaciones gráficas estándar se da la misma precipitación. Es muy cómodo solicitar al ordenador —sin necesidad de delineante, ni de ensayos en papel milimetrado— que a partir de una o más series trace las representaciones gráficas. Pero no hay que olvidar la función que tiene todo artificio gráfico:

—Ofrece a los ojos unas relaciones entre los datos muy difícil de percibir cuando se presentan tan sólo como una columna o columnas de datos.

—Aporta densidad de información, de manera que en una superficie reducida se puede contener información que de otra manera, listado de datos, ocuparía bastante más.

Pero hay que cuidar que estas representaciones no sean triviales ni tampoco caigan en la ininteligibilidad. No merece la pena recurrir a un gráfico cuando la simple lectura de la serie permite observar todo lo necesario. Y también, en el otro extremo, hay que evitar que la vista se quede enredada en una maraña gráfica, causada por un exceso de información o por una inadecuada utilización de los códigos gráficos.

Esto último se descuida con frecuencia, porque faltan criterios para saber cuándo se debe utilizar un recurso u otro.

Aún estoy impresionado por el comportamiento de un aspirante a cátedra que ofreció a la comisión una batería de gráficos con errores tan mayúsculos como, entre otros, el de representaciones gráficas en las que las series temporales tenían una periodización totalmente irregular, de manera que un valor correspondía, por ejemplo, a 1800, el siguiente a 1850, pero el siguiente a 1865. Sin que eso tuviera ningún tratamiento adecuado en el gráfico. Pero la gravedad no estaba sólo en esto, sino en el convencimiento por parte del autor de que esto no era de su responsabilidad, que lo suyo, como historiador era el archivo, y no aprender el bueno uso del ordenador. Una vez más, la herramienta informática, nada inocente, hacía de espejo indiscreto mostrando carencias graves de historiador, no de usuario de un ordenador personal. Sin embargo, como en tantas otras situaciones, por ejemplo con la burocracia, la irresponsabilidad o inepticia de la persona se traslada como si fuera culpa de un mal funcionamiento del ordenador. Pero, en realidad, lo que hace la informática, al burócrata o al historiador, es amplificar sus bondades o defectos.

Dentro de este apartado hay que señalar también la ayuda que proporciona el ordenador para la elaboración de mapas. Con un digitalizador gráfico o la compra de discos con mapas mudos se puede preparar con gran facilidad un mapa que recoja cualquier información que queramos distribuir en el espacio.

B. Otro campo muy distinto abre la informática al historiador si ésta se plantea como un nuevo soporte para la escritura y un nuevo espacio para la lectura.

Desde esta perspectiva la informática ya no es tan sólo una máquina de escribir con muchas ventajas, o un buen y potente fichero o calculadora, o la sustitución del delineante.

B.1. Por primera vez el historiador se encuentra en su busca de soportes en donde hacer memoria con un soporte —el magneto-óptico— que presenta unas propiedades incomparables con todos los anteriores que ha usado.

Desde los soportes rígidos y duros como la piedra y el metal, o rígidos y blandos, como las tablillas de cera o de arcilla, o flexibles como el papiro, el pergamino o el papel, ni siquiera con los soportes químicos como el microfilm o la microficha, el historiador había dispuesto de un soporte con tanta capacidad para contener información, con tanta densidad de información. En un disco óptico se puede escribir lo que necesitaría ochocientos kilos de hojas de papel.

El paso del volumen o rollo al código supuso un avance muy considerable en cuanto a la facilidad de acceso a un punto determinado del texto; hasta entonces había que enrollar y desenrollar pacientemente el volumen para llegar al punto deseado, lo que hacía que las citas se confiaran más a la memoria, con todas las imprecisiones que esto suponía. Pero este paso queda empequeñecido si se compara con la rapidez y fiabilidad que, a pesar de su alta densidad y de la cantidad de información empaquetada en un disco óptico de doce centímetros de diámetro, ofrece el nuevo soporte.

El papiro resultaba muy frágil para poder ser raspado, si alguna modificación se quería hacer lo escrito, por eso supone una mejora en este sentido la utilización del pergamino; soporte que hace posible el palimpsesto. Pero no así el papel, que una vez escrito sobre él difícilmente soporta actualizaciones. Y así tenemos una bibliografía convertida en babelografía por la abundancia redundante de publicaciones, ya que una mejora, una aportación nueva, no puede integrarse directamente sobre lo ya escrito, sino que hay que publicar otro artículo, otro libro, con las novedades, pero acompañadas de la repetición de muchas otras cosas que ya están escritas.

Los nuevos soportes posibilitan la realización de un libro electrónico en el que la actualización se haga sobre el mismo libro y que el lector pueda llegar a sus partes nuevas sin necesidad de pasar, si no lo desea, por lo ya leído. Naturalmente, esto no lo proporciona sólo el soporte, sino una forma nueva de estructurar el texto —lo que se conoce por «hipertexto»—. De ahí que el historiador que quiera editar en libro electrónico (tecnología CD-ROM) no puede limitarse a escribir como si lo hiciera sobre papel, ni siquiera adquirir tan sólo unas destrezas obligadas por el nuevo soporte y por la nueva estructura que toma el texto (hipertexto), sino que debe responder intelectualmente al desafío de escribir con la posibilidad de explicitar mucho más las relaciones entre la información que maneja y también entre sus argumentos, pues su texto ya no se desarrolla linealmente, como sobre el papel, sino que sus partes pueden conectarse y mostrar las relaciones, por muy numerosas que sean, entre una parte del texto y otras, y el lector verificarlas si lo desea, a la vez que puede recorrer de

formas distintas (con más o menos detalles, siguiendo un camino de razonamiento u otro, etc.) el texto. Una escritura así, en toda su potencia y posibilidades, no supone sólo destreza técnica, sino un dominio muy profundo y exigente del tema sobre el que se escribe. He podido comprobar que ponerse a escribir con destino a una edición CD-ROM un libro electrónico, con una organización hipertextual de la escritura, desencadena unas exigencias de dominio y perfecta claridad sobre el tema muy superiores a la del discurso sobre el papel¹.

Un atractivo más del libro electrónico, y que aprecia el historiador, es la posibilidad de incluir la información, con todo el detalle que se desee, sin que por eso se dificulte la lectura; es decir, que la cantidad de detalles, precisiones, digresiones, obstaculice llegar directamente a lo sustancial. Sobre el papel, una exposición cargada de muchas explicaciones y detalles complica extraordinariamente el texto y provoca una lectura muy pesada. En un hipertexto no hay que desechar ninguna información al servicio de una lectura cómoda y directa, tan sólo hay que saber «plegar» la información de manera que el lector pueda decidir si, según su interés, «despliega» más o menos el contenido. El resultado es que un lector puede ir de A a B por un segmento de lectura mayor que el de otro lector, dependiendo esto del texto que haya «desplegado». Pero en cualquier caso obteniéndose entre A y B un discurso coherente.

El paso del rollo al códice permite la aparición esplendorosa de la imagen junto al texto, pues al no doblarse el soporte permite unas capas densas de pintura que en el rollo saltarían. En la página la imagen y el texto librarán durante muchos siglos un forcejeo por dominar el espacio: en unos casos la imagen se reduce al «incipit» del texto o a simple ilustración y en otros el texto se pone a los pies de la imagen. El sonido también procura encontrar su lugar sobre estos soportes y se inventa la notación musical.

En el soporte magneto-óptico texto, imagen y sonido se registran con el mismo código (el binario). En ningún otro soporte se consigue tan perfecta acomodación. Por fin se puede trabajar la imagen y el sonido con la misma facilidad que el texto.

Y esto tiene un especial interés para el historiador de Contemporánea, pues se le ofrece la posibilidad de hacer uso del riquísimo material que proporciona ciento cincuenta años de fotografía, más allá del álbum histórico o el libro ilustrado: que la fotografía se convierta en tinta con la que escribir sobre el soporte magnético u óptico.

Para hacer ver esta posibilidad, y para que su apreciación no se redujera a la simple creación de un banco de imágenes, presenté en la sesión de este Congreso un trabajo que he realizado a partir del corpus fotográfico existente sobre San Petersburgo en los últimos años del zarismo. Sobre la metáfora del recorrido por la ciudad de Pedro el Grande he ofrecido un discurso construido con fotografías, en que el lector, como si de un paseante por la ciudad se tratara, decide tomar un camino u otro, detenerse o no ante un mercado en la plaza de Sennaia y entrar en él, o ante la fortaleza de San Pedro y San Pablo, o penetrar en el Palacio de Invierno y ya dentro recorrer, a elección, no sus pasillos y salones sino las biografías de sus principales personajes; o encontrarse en un cruce con el atentado mortal contra el ministro del Interior Vyacheslav von Plehve, 28 de julio de 1904, y poder iniciar a partir de aquí un recorrido espa-

¹ A. R. de las Heras, *Por la orilla del hipertexto*. Apple European University Consortium, 1989, edición en español, francés e inglés.

cio-temporal por los lugares y momentos de los atentados de la lucha antizarista, etc. Y, en fin, si el lector está fatigado puede subir a un coche de caballos y dar un paseo para descubrir la evolución técnica del San Petersburgo de principios de siglo, especialmente a través de sus transportes y de sus fábricas.

Con esta metáfora se propone una reflexión sobre las posibilidades de la fotografía para escribir en estos soportes, pues, como señalé antes, deja de ser simple ilustración para convertirse en tinta de esta nueva escritura.

B.2. La página ha sido durante muchos siglos el espacio dominante para la transmisión de los conocimientos y del saber. Recientemente el espacio de la pantalla está comenzando a mostrar su fuerza ascendente (fenómeno de pantallización de la sociedad) y a desplazar al espacio secular de la página.

Es natural el recelo de una cultura del libro ante esta emergencia. Así sucedió cuando en otros momentos de la historia el hombre tuvo que cambiar sus hábitos de acceso a la información y a los conocimientos. Su resistencia, por ejemplo, a la página del libro, acostumbrado al desplazamiento suave del texto, en el rollo, argumentando que se fracturaba su lectura al paso de la página. Su desprecio del libro impreso, a pesar de procurar asemejarse al manuscrito: «Aunque poseamos miles de volúmenes, no debemos dejar de escribir (es decir, de producir libros manuscritos) porque los libros de imprenta no serán nunca igual de buenos» (Giovanni Tritemio, 1492). El arrinconamiento del pobre soporte hecho de trapos, es decir, del papel, ante el empeño de mantener el pergamino... Parecido debate se libra ante la aparición del nuevo espacio de la pantalla. Pero el hecho es que ya a estas alturas de fin de siglo mucha información de importancia para una disciplina llega a través del espacio de una pantalla; y el historiador no puede dar la espalda ni al nuevo soporte ni al nuevo espacio.

Actualmente las ediciones sobre soporte óptico destinadas al espacio de la pantalla son en CD-ROM y en CD-I. En las dos el trabajo del historiador, inseparable de la escritura, sea cual sea el soporte y el espacio, tiene mucho que hacer.

En CD-ROM, la edición de libros electrónicos conteniendo una cantidad de información difícil de recoger en un libro de papel, con la estructura hipertextual que ya se ha comentado antes, y con su capacidad de actualización, ofrece motivos de investigación sobre el campo que abre al historiador para contener y transmitir sus conocimientos.

El CD-I se diferencia del CD-ROM en que va destinado a la pantalla de cualquier televisor y utiliza un lector específico, semejante, en forma y precio, al magnetoscopio doméstico. En los próximos años posiblemente penetre en el gran consumo sustituyendo precisamente, por sus prestaciones, a la cinta de vídeo. El CD-I (Disco Compacto Interactivo) es más adecuado para trabajos, como el que antes me refería sobre San Petersburgo, en donde la imagen, estática y cinética, y el sonido dominan sobre el texto. Aquí el historiador tiene por delante principalmente una investigación sobre la imagen de valor histórico y su explotación mucho más potente que la destinada a una base de datos o una producción audiovisual².

En fin, tenemos ante nosotros, con nosotros ya, una herramienta polifacética, multiforme y transdisciplinar, que nos exige no tan sólo el esfuerzo de adquisición de unas destrezas para integrarla en nuestro trabajo de historiador, sino, y principalmente, una profunda reflexión teórica sobre la plena utilización de estos medios para hacer memoria.

² A. R. de las Heras, *Navegar por la información*, Madrid, Fundesco, 1991.

ESTUDIOS HISTÓRICOS & GEOGRÁFICOS, 99



Ediciones Universidad
Salamanca

ISBN 84-7841-840-0



9 788478 418404